

1587

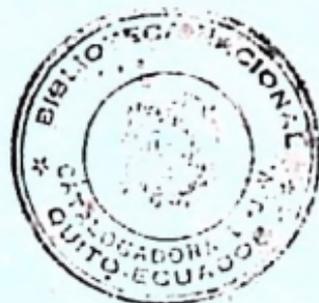
Alejandro Andrade Coello

BIBLIOTECA NACIONAL

Vol. 48 - Bis - 2 - S. 4.^a
Folleto - 9

Quito-Ecuador

EL VIA CRUCIS DEL ORADOR



QUITO-ECUADOR

IMPRESA "MEJIA"

MCMXIII





EL VIA CRUCIS DEL ORADOR

POR

ALEJANDRO ANDRADE GOELLO



OBRAS

de Alejandro Andrade Coello

PUBLICADAS

NOCIONES DE LITERATURA GENERAL.
(Texto en los Colegios de Segunda Enseñanza).

MALDONADO, MEJÍA, MONTALVO.—
(Motivos Nacionales, Tomo I).

ALGUNAS IDEAS ACERCA DE EDUCACIÓN.

LA LEY DEL PROGRESO.—El Ecuador en los últimos quince años.

GUÍA HIGIÉNICA. -- (Texto de Higiene Pública).

RODÓ.—Motivos de Proteo. (Segunda edición).

PLAZA.—[Folleto).

VARGAS VILA.—Ojeada crítica de sus obras.—De "Aura o las Violetas", a "El Ritmo de la Vida".

MUERTE DE MONTALVO.—(Folleto)

LA TENTACIÓN.—VERSOS EN AGRAZ.

LAS BRUMAS DE ANTONIO C. TOLEDO.—Estudio crítico.

EL VÍA CRUCIS DEL ORADOR

Reparos a los grandes oradores — Flor de juventud. — Evocación al periodista. — El Dr. González de Castro. — Palabras de encomio. — Muerte de la oratoria — Oradores ecuatorianos. — Libertad de prédica — Lo que importa situarse en lugar del orador. — Quejas y elogios. — Conferencias poéticas. — La oración del dolor. — La literatura del Dr. Castro. — Su filosofía — El numen de Montalvo — El dolor universal — Palabras de Sebastián Faure. — Los ideales. — El prejuicio. — Evocación final a Castellar, "el primer tenor de la República"

Ningún ser más discutido que el orador. Los reparos que suelen ponerle son para desconsolar al de irrefrenable vocación. Desde tiempos muy remotos el orador ha sido blanco de los motes más temerarios. Ya Timón señaló de irónica manera los prejuicios de la elocuencia. Su abuso engendró el sofisma y la char-

latanería. Palabras y más palabras, síntoma de estéril vacuidad cuando el nervio de la acción no las vigoriza. *Res non verba* es apotegma lleno de sabiduría. El Calvario de los oradores no se ve compensado con las horas de transfiguración excelsa y de Tabor que pasan sobre ellos.

"Hoy los discursos no se hacen sólo con retórica, sino también con autoridad", ha dicho un crítico moderno.

Si los oradores típicos de la Grecia y Roma fueron motejados con rudeza ¡cuánto más los contemporáneos! De Castelar se censuraba que solía escribir sus discursos y que su vanidad rayaba en lo inconcebible; de Cánovas del Castillo, no sólo su mediana estatura, sino también su fisonomía desprovista de expresión y la carencia de disimulo; de Silvela su frialdad marmórea; de Azcárate la ausencia de pulimento en la frase, de selección de vocablos y matizamiento de las cláusulas; de Gamazo su ningún acaloramiento y falta de brillo; de Romero Robledo su escasa ciencia y erudición, etc., etc. Tampoco sus relampagueantes apoteosis perduran. "Cuando la última frase de sus discursos se extingue, la luz que le envolvía pierde su brillo y color, y el grande hombre se desvanece", decía don Miguel Moya al hablar de Cánovas del Castillo.

Y agregaba estos reparos: "Examinad

un discurso del Sr. Cánovas puesta la vista sólo en su forma, y encontraréis palabras y más palabras, frases repetidas, períodos interminables y laberínticos. Examinad el fondo y veréis en él sofismas, conceptos oscuros, teorías ininteligibles, y aquel ir y venir mareante al rededor de una idea que es sello característico de la varonil elocuencia de D. Antonio". Ahora esta racioncilla para el orador mimado de las señoras, Alejandro Pidal: "Sus oraciones más hermosas son las que improvisa. Pudiera decirse que es un potro de pura sangre, pero sin freno. Cuando habla, sabe siempre de dónde sale; jamás dónde va a concluir su vertiginosa carrera."

¡Imaginaos ahora lo que se podría amontonar en contra de un orador de pocos lustros, flor de juventud, que abre ingenuamente su corazón y que se deja llevar de su temperamento poético, sin amilanarse por el medio ambiente hostil y la estrechez del escenario de algunas aldeas! Aludo a González de Castro, individuo de número de la Academia de la Lengua y del Ateneo de Madrid, mozálbete de pluma y de palabra, dramaturgo y periodista, que a los 21 años—como José María Rey que a esa edad ya era miembro de la Academia de Ciencias y Bellas Artes de Córdoba,—llamaba la atención en el campo de las letras. El Monasterio de Valdediós le

aplaudió por su bachillerato en humanidades, como después la Universidad de Oviedo en los cursos de Filosofía y Letras, y más tarde la de Madrid, en donde obtuvo el grado. En su vida no vivir ya ha ensayado sus facultades en el teatro y en la novela. Sus dramas son: *Al fondo*, *Alma sin alma*, *Final de una tragedia*, *El Crepúsculo*, *El idilio de las sombras*, *El niño*, *La bestia humana*, reminiscencia de Zola.

En la capital de Chile, estrenó el drama *Bajo la Nieve*, que dedicó a la Sra. Delia Matte de Izquierdo. (1)

[1] A este propósito, dice *Claudio de Alas* en *La Mañana* de Santiago: "No es González de Castro, en el teatro, uno de esos señores que, merced al éxito de una bigotera y a los desvelos de un sastro imbécil y a la labor de hormiga de adular directores de compañía y empresarios, logran arrastrar un embrión dramático hasta la escena.

Este joven español, noble y sencillo, sincero, orgulloso de su corazón y lleno de verdaderos idealismos, sin pompas, sin pretensiones, sin exhibicionismos copiados en personajes de cinematógrafo, y—sobre todo!—sin ser rastro, —llevó al público su drama.

Los que lo vieron, eran selectos todos.

No repartió entradas, para que lo aplaudieran los favorecidos.

Tampoco cobró el tanto por ciento, materia de la cual, tantas caricaturas andantes de Fofó y Frigo, han hecho tribuna, polémica, intriga, envidia y, hasta *idealismo artístico*. [2]

"*Bajo la Nieve*", es un minuto de *corazón*, entre dos paréntesis de realidad.

No pertenece el pequeño drama a la escuela de Sudermann, —como lo dijo un crítico amigo mío, que tiene inteligencia.

El drama del buen muchacho, viajero por el

Sus novelas son: *Triste infancia*, *Amor a pedazos*, *Las notas de una reina*. Si vinja es con el objeto de reunir material para su obra "La Nueva Raza."

En la Argentina fundó el periódico "España en el Plata." Ha colaborado en muchos diarios, en especial en el "El Comercio" que le franquean sus columnas a cambio de que por los pueblos que visita. Su mocedad llena de generosos ideales apostrofa así, aunque sin atildadura, a los del cotidiano no batallar:

"Periodistas; hijos de la lucha; gladiadores anónimos; maestros humildes; cantores amargos; hijos de la rebelión; los que viven de la noche, preparando en el descanso la historia de su faena pasada. Los que imaginan; y luego modelan; y luego escriben; y luego grában.

"Vosotros, los que bajo la planta del impostor, seguís hiriendo el despotismo

"Los que amáis por necesidad, sin egoísmo, sin cálculo.

"Los que herís hiriéndoos, los que maltratáis maltratándoos, los que sabéis escu-

Pais de la Ilusión, no pertenece a más escuela que a la de la Vida.

Esa también es la de Sudermann.

Por eso sorprende.

El drama es una obra real, en que el autor, parece traslucir algo **vivido**, no con la petulancia de los que, en obras que **consiguen** representar, pretenden que es **vivido** el ambiente de las mismas, ambiente que conocen, o en los libros de Felipe Trigo o en la vida social de los diarios...."

char el silencio y medir las sombras y sondear el vacío y escalar la cumbre.

“Los que sonreís al odio de las turbas; los que despreciáis el insulto de la masa; los que cantáis el ajeno dolor sin acordaros del vuestro.

“Los que afligidos por el inmenso dolor del pueblo, alzáis retadora vuestra voz potente y condenáis la injusticia, matáis el abuso, destruíis la intriga.

“Los que véis como Damocles sobre vuestras cabezas temblar brillante la fatal espada.

“Los que como Sócrates esperáis tranquilos la cicuta.

“Los que como Jesús preparáis los hombros, sonriendo el labio, el corazón amante, para recibir la cruz pesada del dolor.

“Los que como Juan de Hus miráis compasivos al verdugo y pensáis que aquel también vivió en un seno maternal.

“Los que como Chenier cantáis ante el patíbulo.

“Los que como Plácido eleváis una plegaria consolatriz momentos antes de sentir la guillotina.

“Los que como Jaurrier retáis la tiranía, yendo tranquilos hacia la verdad amarga.

“Los que como Pestalozzi lloráis de gozo ante la ajena felicidad.

“Los que amáis; los que sufrís; los que esperáis; los que soñáis; los que vivís.

“Vosotros sois periodistas; historiadores del hecho diario; maestros del pueblo; reformadores; genios sin aureola; mártires sin triunfo.

"Sois águilas, y el cazador envidioso de vuestras alas os hiere desde abajo.

"Ensangrentáis los cielos; llovéis sangre sobre el mundo; envolvéis en la púrpura de vuestra sangre la semilla redentora.

"Seguid; volad; llegad á lo infinito; la tierra está sedienta.

"El surco del amor espera la semilla santa.

"El plumaje soberbio pierde una cada día.....

"Una pluma: la que estampó una verdad".

No es, a pesar de su casi adolescencia, de los declamadores que incurren a destajo en abominables lugares comunes. Lo que un notable crítico español expresa de Segismundo Moret, se le puede aplicar a González de Castro, a saber: "Las imágenes de Moret siempre han representado un indiscutible progreso sobre las tradicionales frases hechas: "Hoy no es día de hablar, sino de sentir", "la nave del Estado", "el timón del Gobierno", "la hidra de la revolución", "el sol de la libertad" y "las venerandas creencias de nuestros mayores"; pero nos parece muy bien que las haya aligerado de ropa y que las emplee sólo en los días solemnes."

Acaso el precoz talento no cree en la eficacia de la oratoria ni en su oportunidad imperante.

Cuando, a raíz de la primera conferencia del doctor en Filosofía y Letras

Vicente González de Castro, charlaba en el *Hotel des Extrangers* con el simpático y juvenil asturiano, de fluída y vibrante frase, que se desgranaba como un rosario de dulces notas que conservaban el ritmo de la tierra, entre otras voladoras ideas mezcladas de fervor y de melancolía, me susurraba como una caricia lo siguiente:

—Le felicito por su hermoso estudio acerca de Mejía Lequerica. Es completa exposición de oratoria, en la que muchos nombres de oradores, están muy bien traídos, entre los que se destaca la vigorosa figura del casi niño tribuno quiteño, que Ud. ha sabido presentar con habilidad y galanura.

—Gracias, doctor. Es un trabajo de mi primera juventud, en el que noto muchos vacíos. En una segunda edición, corregiría todo. Su opinión, no obstante, me honra demasiado. La acepto como eficaz voz de aliento.

—Nada de eso. Le hablo con sinceridad: soy rudo y hasta grosero en mis franquezas. Como no me gusta recibir aplausos, tampoco suelo prodigarlos. Su obra es buena, y basta.

Después de añorar su pobre y obscura infancia; los rebeldías del hogar, su carencia de recursos para seguir una carrera, los cálidos días de la Universidad de Oviedo, las escenas—mezcla de gloria y de tristura—de la triunfal profesión;

después de unas anécdotas fatimas de su atormentada vida y de la rápida rememoración de sus viajes por Europa y por el Sur de América, agregó con solemnidad:

—La era de la oratoria ha pasado ya. Hoy no brillan los padres de la elocuencia. Aquello estuvo bien en las épocas de lucha; en los períodos revolucionarios, cuando había que pelear desafortadamente y conquistar al pueblo, como en la social explosión francesa, como en la independencia de ustedes. Entonces surgían los dominadores de multitudes. La efervescencia, la oposición, el combate formaban al artista sacundo; hoy se impone la discusión serena, la economía de palabras en obsequio de los hechos.

Y era un fogoso orador, de noble alma abierta a las venustas ensoñaciones, el que así me hablaba, suspirando sin duda por las áticas tardes del ágora y los días tumultuarios del foro latino. Su torrencial verbo comunicaba animación y vida a cuanto le placía tocar. Cual otro Moisés, arrancaba raudales de jugosos pensamientos del más estéril asunto, del más seco Oreb, con la varita mágica de su retórica. Hacía muchísimo tiempo que no me regalaba escuchando al tipo mozo de la oratoria. En la sagrada, cuántos ramplones dogmatizadores, cuántas vulgaridades, comasca-



radus, cuánta moralidad sensiblera e hipócrita; en el foro, qué de tautologías, qué de ridículos trabalenguas; en el parlamento, cuántos declamadores sin calestre, aguacero de lugares comunes que le obligan a abrir el paraguas; en la academia, qué dolorosos esfaerzos, qué fríos rebuscamientos; en la cátedra, qué insustancial palabrería, qué magistral fatuidad sin cohesión ni método. Recordando estos desastres, me confirmaba cada vez más en aquel parecer de que el tiempo de los oradores ya había pasado en el siglo del vapor y del laconismo en todo, de lo abreviadamente práctico. Especialmente en el Ecuador, no se repiten los Mejías, los Rocafuertes, los Salcedos, los González Suárez de la edad viril; los Corderos, los Peraltas, los Arzagnas, los Córdovas, los Muñoz Vernanzas, los Páez, los Espinosas y hasta... los Teranes, los Ayoras y los Pocitos. ¡Es tan difícil improvisar melódicas, amenus y sugestivas oraciones!

Pero, escuchando en el Teatro Sucre de Quito y en la Universidad Central al doctor González de Castro, me decía *in pectore*: aún quedan oradores; todavía su época no ha pasado; todavía en estos pueblos ignorantes y fanáticos, en los que se debe sin descanso difundir la verdad valiéndose de formas diversas, son indispensables, son urgentes: el aula, el comicio popular, la tribuna, el para-

ninfa, el club los reclaman. La conferencia es modernísima propagadora de doctrinas; la elocuencia hipnotiza el alma popular de multiforme psicología.

Se murmurará que el doctor G. de Castro no plantea problemas nuevos, no entona epinicios flamantes, no es profesor verbal de originalidades científicas; se querrá censurar que en medio de su frondoso follaje poético sopla el gárrulo vientecillo de la digresión que le aleja del tema principal; se dibujarán miopes reparos sin duda a su acentuación prosódica e imprecisión gramatical..... *¡Peccata minuta!* ¿Cómo exigir que en el calor de la improvisación la cèlebre cláusula, cual filigrana de orfebre, cual verso clásico, brote áurea, impecable, esculpida primorosamente y sea cascada y obra de arte a la vez; fuente susurradora y sentencioso limado discurso al mismo tiempo? Con todo, cuántas elegancias, cuántas galas de dicción, cuántos pasajes enternecedores y profundamente emocionantes se encuentran en el florido charlar del verbo-motor casi imberbe que desde un lustro ha está derramándose por el mundo, del juvenil talento, precoz, vivaz e iconoclasta, que a los trece años, como Salmerón, se graduó de bachiller, y que hoy ya es viejo en el estudio, en la observación y en el dolor. Fue compañero de universidad de los que ni en el presidio se

domaron en el recalcar la justicia libertadora y la desnuda verdad, como Julio Vicenti, Arturo Smeidar, Juan Pujol, Eduardo Ramírez, Víctor D' Eart, y de aquellos otros insignes muchachos que se llaman Julio Ruiz García, Antonio Basanta, Manuel López Rodríguez, Alvaro Albornoz y Julio Villegas.

Y vosotros que no podéis zurcir cuatro frascillas, que no acertáis a remendar vuestro descoyuntado discurso, a fin de que, en el lapso relampagueante de siquiera cinco minutos, no se os rían en las barbas; vosotros que ni por el fondo ni por la forma conseguís electrizar con vuestras atortoladas oraciones repentistas; vosotros que no os dignáis aplaudir porque no se minore vuestra sabiduría, callaos, callaos.

Arduo es hablar en público, difícil escribir para todos, y muy arduo y muy difícil conseguir que la atención del oyente y del lector estén siempre fijas, latente la persuasión, *in crescendo* el entusiasmo. ¿Acaso habéis olvidado la vieja anécdota del novicio que satirizaba, que se refa socarronamente de los sermones del grave padre prior, y que cuando *bajo santa obediencia* tuvo que presentarse en el púlpito a anunciar una patarata confundió lastimosamente los *voquiblos*; jugó, sin querer, del vocablo, como un payaso, y no acertó a hacerse entender menos a transmitir a los fieles la

orden recibida? Desde otros púlpitos, que no sean el ávido que el numeroso auditorio devora con los ojos, no es imposible vocear y *bavizar* (Anito y Melito, Mevio y Bavio, chist!)

Cuando el buho rapaz de la censura intenta picotear mi alma y ciegamente arrastrarla a la injusticia, mido primero la situación, peso las circunstancias, aprecio el tiempo, no desconozco el medio ambiente, me pongo en lugar del descuerado antes de fallar, sin ínfulas ni suficiencia olímpicas. Entonces la ruindad del ave nocturna, el graznido desapacible se van poco a poco transformando en juicio sereno, en equitativo concepto en canto desapasionado.

El siglo XX es siglo de plena libertad. Los evangelios más rancios y las hipótesis más descabelladas en él caben. ¿Merecerá hurlas quien propaga lo que le da su regalada gana? Tolerancia es modalidad de alta cultura. Cada cual es libre para salmodiar su credo. Prejuizar, *carcajadar* sin discutir; negar toda bondad por el mero prurito de la suficiencia, por uno como aristocrático *trust* del talento que en los demás ni una chispa reconoce, es sencillamente ridículo. Todas las cosas—en la eterna dualidad humana—tienen dos aspectos, su pro y su contra, su mérito y su imperfección, su dinámica sublimidad y su ridiculez pigmea. Quien para

criticar olvida esto, no es leal ni es honrado. La doble faz resalta en el magno admirador de Montalvo, el férvido González de Castro que, a los 26 años de una vida intensamente vivida, ha sacrificado su salud en aras del ideal y del cristiano desenmascarar a hipócritas, y ha derrochado su desinteresada juventud en ansia de inquirir. [1]

¿Quién desconocer intentará que el atrayente y novel hombre de letras asturiano es narrador hábil, de clara inteligencia, de espíritu sugestionador, de generoso pensar? Sabe el secreto de que el peso adormilado de las horas no le sea soporífero al auditorio. Sus arranques tribunicios reclaman el aplauso, el hurra vibrante, las palmas estrepitosas; demostraciones que le desagradan por temperamento y porque interrumpen su vena inagotable. Pero este mismo furor de oratoria, este *quid divinum*, esta fiebre santa de que se ve acometido le resulta a veces perjudicial al método, a la concisión, a la coherencia, al final resultado. De aquí que hermosamente nos aturde en ocasiones. Mas como él no se cree orador, ni estudia fría y ordenadamente sus conferencias, los defectos del arte oratorio son lunares

(1) Nació el año de 1886 en Figueras de Oviedo (Asturias). En la Universidad que han ilustrado Posadas, Canella y Altamira estudió cuatro años Filosofía y Letras y terminó su carrera en Madrid.

que se atengán en al muchacho de alma ingenua, en el *juvenis bonus*. Leed los discursos de Mejía y notaréis muchas pesadeces e incorrecciones: el orador no nació para ser leído. Su labor muere en las heladas páginas del libro. Lo mismo acontecería con el Dr. G. de Castro, de publicarse a la letra sus conferencias; pero no se me negará que cautiva cuando habla. (1)

(1) Entre las conferencias que desarrolló en Santiago de Chile, metió mucho ruido la que había versado sobre la *Dicina Comedia* y el *Quijote*. De los diarios chilenos, que le colman de aplauso, entresaco estos no castigados períodos, fascinadores por su poesía, que improvisó el Dr. González de Castro:

“Duerme el león en el fondo de las selvas, agitadas sus entrañas por palpitations gigantescas; sueña el águila en las altas cumbres donde mora; abandona el cóndor la nieve de los Andes para alzar-se majestuoso en el espacio y mirar de frente y cara a cara el rojo sol de apoteosis; gruñe el lobo en la maraña del bosque; rugen el tigre entre la zarza majestuosa de los montes, mientras canta el arroyuelo deslizándose cual culebra de plata sobre la alfombra esmeráldica de los campos en flor, arrulla con su orquestación titánica el océano tempestuoso, cuyos roncros alaridos aterrantes, se despliegan como manto de dolores que se quejan, entona el viento sus místicas canciones añoratrices, y suspira el blando céfiro nocturno al posar sus blandos lablos, en las hojas de las flores.

“En medio de ese paisaje que forman los mares amenazantes y rugientes, las montañas sombrías y pobladas de fieras; los arroyos serpenteando en las llanuras, y las selvas orquestando sus rumores, una p lida figura se destaca toda amor, toda tristeza.

“Hay un hombre entre las cantantes soledades de que os hablo, un hombre, repto, cuyas manos extendidas, Imploratrices y amantes, parecen suplicar,

Verdad es que sus episodios se dilatan con menoscabo de la proposición principal; verdad que sus saltos de tarde en tarde son bruscos; verdad que deja digresiones en suspenso y otras apenas esbozadas; verdad que algunos períodos ampulosos se cortan súbitamente y que otros son meras parrufadas sin redondearse; verdad que cuando, más que su inteligencia, su desgastado organismo, su voz, sus nervios, sus bigados martirizados se fatigan, acude a lugares muy trillados y declamaciones de mitin; pero, en medio de todo, cuánta belleza, cuánta espontaneidad, cuán-

tendidas a los cielos, piedad para la raza por quien llora.

“El vierte toda su alma divina en un canto de perfumes y colores, consagrado a la esperanza y al recuerdo, y su alma está herida de muerte, herida por el audaz golpe del brutal materialismo, herida por los odios, destrozada por las mentiras, despedazada por los convencionalismos; temblando en girones, como nieve blancos, y como nieve puros, ondea su alma sobre la frente del mundo, no tiene pan y se ofrece todo entero a los que pan le niegan.

“No tiene amigos, y ofrece su corazón a los que cobardes le odian.

“¿No sabéis lo que es un loco, un enloquecido por el dolor, la locura de un cerebro torturado por la angustia?

“¿No estudiásteis el momento dado, la trágica y convulsa risa del que, víctima de un inmenso dolor, siente agonizar en su ser, a la razón?

“¿Esa risa, que hace estallar las arterias, reventar las venas, rasgarse la piel, hincharse las carnes, enrojarse la cara, saltarse los ojos, palidecer los labios, crispase las manos, y como retorciéndose bajo el ataque de una epilepsia monstruosa, todo

ta imagen poética, cuánta oportuna erudición que teje fúlgidos, galanos y finos encajes con su estilo que hipnotiza, que electriza multitudes, con sus pensamientos descarnados y enérgicos que con pura convicción los susienta. Que egotiza mucho, que su soberbia se desborda, que quijotea de repente, que es con frecuencia superficial, que no asimila con estricta corrección en algunos momentos, que en el torrente de ideas y de voces, de imágenes y de giros se le escapa alguna inexactitud histórica o mejor *lapsus linguae*, qué importa! Aparisi y Guijarro cogía gazapos a Castelar y le probaba que no era político ni sabía historia. Cuando los nervios es-

el cuerpo hace crujir, cual si roto todo el cuerpo por milagro solamente hubiese en pie de sostenerse?

“¿No habéis visto un hombre grande, generoso, digno y bello, puro, hermoso y anhelante temblar en el momento que por primera vez al arroyo desciende, y con su fango se mezcla, y con su lodo se envuelve, y con su barro se asquea?

“¿No lo veis casi asfixiado por el olor nauseabundo que del arroyo brota, cubrir su rostro con una mueca de espanto y de dolor, y luego de comprender que aquel fango, aquel lodo y aquel cieno, lo bebe y traga con ansia la sociedad corrompida, no lo habéis visto revelarse contra el fango, alzarse contra el lodo, pisotear el inmundado barro y sacando puñados de aquella podredumbre, arrojarlos con risa trágicamente espantosa y cruelmente egoísta, al rostro de la torpe y envilecida sociedad?

“Si no habéis contemplado eso, si no habéis tenido ocasión de estudiarlo, estudiad el Quijote, y ved en cada una de sus palabras, un puñado de cieno que Cervantes arroja al rostro del mundo egoísta y materializado”.

tán trabajando como en una fragua, cuando la pasión por el ideal va hasta el vértigo, cuando la juventud y el entusiasmo alientan ¿cómo exigir que todo sea melopeya ciceroniana? Del oír al hablar hay gran trecho. Llevar la lección aprendida,—un rollo de papeles borronados como acostumbra en sus conferencias católicas la rancia e ilustrada señora Eva Canel—ser fonógrafo de repetición, no es lo mismo que fascinar con serie de *in promptus*.

Y ahora entro en sus conferencias.

La primera, la *Oración del dolor*, giró al rededor de este pensamiento pesimista: en la vida no existe el placer sino únicamente el dolor; aun el mismo placer es la prolongación, el resultado del dolor. Y para probar su tesis, recorrió el vía crucis de los genios: el viejo y ciego Homero que, según la leyenda, descende a tientas y descalzo desde la montaña a cambiar sus poemas por un mendrugo de pan; el cisne de Mantua que sufre críticas y envidias; Dante, víctima de la persecución y el ostracismo; Shakespeare, pobre y oscuro, la eterna historia del talento escarnecido. Se olvidó la conocida fábula de Camoens que pedía limosna por medio de su criado zambo. No eran una novedad; como él se anticipó en anunciar, sus ideas; pero tenían el mérito de haber sido recordadas al público en una forma bella y arre-

batadora. Ponderó la obra de los artistas, poetas, músicos, pintores, escultores y arquitectos que se agotan, que sufren, que apuran el dolor en bien de sus semejantes. El vulgo pregunta con asombro ¿qué importa, qué aprovecha aquella estrofa, aquel lienzo, aquella estatua, aquella sinfonía, aquel friso? Y no sabe que ningún esfuerzo es perdido, y más si contribuye a la perfección espiritual; si es brote de belleza. Tuvo frases lapidarias contra los verdugos y sicarios, contra los indiferentes y los egoístas que no aprecian la dolorosa gestación del arte, que pule e instruye a la humanidad. "Sólo la ignorancia es infalible en la tierra", dijo con énfasis. Su exordio no fue el manoseado de los oradores del montón. Mezcló, como siempre, la nota personal. Sus episodios se multiplicaron y prolongaron con riesgo de la trabazón del discurso y de su idea capital. Habló dos horas plenas en elogio de la literatura y del dolor de pensar y de vivir; pero no con un pesimismo a lo Schopenhauer que cree que sólo el mal es positivo e insinúa la esterilidad. (1)

[1] "No conozco nada más absurdo que la mayoría de los sistemas metafísicos que explican el mal como algo negativo. Por el contrario, sólo el mal es positivo, puesto que se hace sentir.... Todo bien, toda felicidad, toda satisfacción son cosas negativas, porque no hacen más que suprimir un deseo y terminar una pena. Añádase a esto que, en ge-



Al contrario, lo que fecunda y levanta al mundo, desató ditirambos al verbo—motor juvenil. Concluyó con la enfática lectura de unas lapidarias páginas de Montalvo, en las que había descubierto la oración del dolor de este genio ecuatoriano que fue aventado lejos de la patria y en el ostracismo vivió soñando con la grandeza de la querida madrastra, escarnecido por los pícaros y perseguido por los hipócritas. De ahí dedujo las causas de la iniquidad social que nos conducen a murmurar la oración del dolor del universo que tanto preocupó a Sebastián Faure.

Y acaso al recordar tantos dolores, el poético orador murmuró, en un corazón con Jorge Schmidke, esta plegaria escrita para que Amado Nervo la eleve al sùu del llanto de los violines de su verso triste:

“Si tu pena es honda, mi duelo es arcano;
como a tí la duda, la traición me espíu;
por eso te nombro mi lírico hermano”

neral, encontramos las alegrías muy por debajo de nuestra esperanza, al paso que los dolores lo superan con mucho.— Si queréis, en un abrir y cerrar de ojos, ilustraros acerca de este asunto y saber si el placer puede más que la pena, o solamente si son iguales, comparad la impresión del animal que devora a otro con la impresión del que es devorado”.
—Arturo Schopenhauer.

(El amor, las mujeres y la muerte)

En la segunda conferencia, el Dr. González de Castro discurreó acerca de Tales de Mileto, el fundador de la escuela Jónica; de Sócrates, el maestro sereno, y de Spencer, el filósofo contemporáneo. Evocó primero a la verdad en una bellísima fábula que el artístico verbo motor había desenterrado, según lo manifestó, de un viejo pergamino griego del *Monasterio de Piedra* que a Núñez de Arce inspiró este doliente poema:

“Nunca del hombre la soberbia ciega,
que a enloquecerle llega,
podrá alcanzar, en su insaciable anhelo,
ese poder augusto y soberano
que enfrena el Oceano
y hace girar los astros en el cielo.

En, vano, golpeándose la frente,
se agitará impotente
en su orgullo satánico y maldito;
siempre, desesperado Prometeo,
le acosaré el deseo,
¡ay! que, como el dolor, es infinito.”

Moraleja de la fábula distendida con áureo lenguaje: el hombre ante la verdad enmudece; si una vez conoció a la augusta diosa, queda para siempre a su servicio, como un esclavo, luchando heroica y humildemente por volverla a contemplar y proclamarla por el mundo. Del grave marco de la profunda filosofía

salióse el orador para trasladarse a los perfumados campos de la poesía, al evocar aquellas excelsas sombras de los amantes de la filosofía que en busca de la verdad peregrinan por la tierra y hallan el martirio como Sócrates, precursor de Jesús. Hechizador fue el rasgo acerca de Alcibíades, en el que se adivinaba la fresca lectura de *Los Banquetes de los Filósofos* de Montalvo que sirvieron de fuente de inspiración al juvenil conferencista que, olvidando la filosofía, viajó en alas del dulce lirismo por floridos pensiles. Nada de didáctico ensayó; pero sí mucho de frívolo y placentero. Atacó el sofisma y la metafísica para recomendar la filosofía práctica que se demuestra en las obras del progreso humano, en la evolución admirable de la naturaleza. Concluida la conferencia y como el auditorio de intelectuales jóvenes universitarios no se retirase, el iluminado verbo-motor preguntó si la concurrencia no estaba fatigada y, cambiando de tema, continuó deleitándola, después de ligero descanso y de limpiarse el sudor que empapaba su despejada frente. Habló dulce y fervidamente de la patria, de la extensión universitaria, de la confusión del civismo con el cinismo por quienes se titulaban figurones cívicos, y, por último, de Juan Montalvo, cuyos *Siete Tratados* pidió a la juventud consciente de las aulas

universitarias que fuese texto de lectura en las escuelas. "Sucede con Varona en Cuba, observaba *Fray Cándil*, lo que con Menéndez Pelayo en España: todo el mundo les admira, pero pocos, muy pocos son los que les leen". Otro tanto acontece en el Ecuador con Montalvo, con el agravante de que es prohibida su lectura por los curas. Hasta por las ediciones, van siendo cada vez más raros muchos de sus libros. ¡Y estamos en la dichosa era de los gobiernos liberales! Bah! cuántos señores ministros que rodean á presidentes de espada ensangrentada apenas deletrean para no equivocarse al firmar!.....Hablen con elocuencia el estigma público y los votos de censura que virilmente han sido propuestos en las Cámaras!

La moral que expuso—no a la manera del santo laico y notable conferencista Emile Boutroux—puede resumirse filosóficamente en las siguientes líneas de Sebastián Faure, que, al volar vertiginosamente sobre ellas, las revistió de poesía:

"En la moral contemporánea vuelve a encontrarse uno de los rasgos distintivos de la moral religiosa: las religiones todas, teniendo en cuenta, consciente o inconscientemente, esa tendencia irresistible de la humanidad hacia la dicha y su invencible aversión al sufrimiento, han atribuido al

respeto o la infracción de la ley religiosa, un paraíso de recompensas o un infierno de castigos; la felicidad eterna e inefable para los que vivan con arreglo a los preceptos de la religión; el tormento sin fin e indescrptible para los que falten a ellos.

“La moral de hoy encierra en los límites de la existencia humana sus promesas y sus amenazas; pero—y me apresuro a añadir que no podría ser de otro modo con una ética que se impone por autoridad al individuo, sin lo cual no habría motivo para conformarse con ella—no por eso deja de ser, como su antecesora, una moral de comerciante. La virtud practicada así, no teniendo otro móvil que el temor al castigo o la esperanza de la recompensa, se limita a un simple cálculo aritmético. El virtuoso es un ser que sabe colocar bien el capital de sus buenas acciones; es un buen especulador, un matemático hábil, y nada más.”

El lírico Dr. González optó por el *imperativo categórico* de Kant. Y continuó, al rededor de tan fecundo tema, glosando las palabras de su autor favorito.

“No digo que no sea humano el obrar movido por la remuneración, porque *homo sum*, y sé por experiencia que el atractivo de un placer o el temor de una pena puede únicamente impulsarnos a hacer esto o apartarnos de aquello. Quiero decir simple-

mente que no sé qué pito toca en esto la virtud.

"Desde este punto de vista, el individuo, sea el que sea, torpe o listo, inteligente o tonto, moralmente es neutro.

"Completamente distinta, mucho más elevada, cien veces más noble es la moral metafísica, por costumbre llamada estoica y de la que Zenón fue fundador ilustre. Al través de las variantes que la han hecho caer alternativamente en la moral religiosa y altruísta, según los tiempos, el lugar y la filosofía—y de los discípulos de Zenón a los de Manuel Kant—ha conservado muy clara su afirmación distintiva e intacta su tendencia hacia el amor del bien absoluto.

"El sér moral debe amar la virtud, no por la felicidad que en esta vida o en otra pueda traer consigo, sino por si misma; únicamente porque lo justo es sólo el bien, lo injusto sólo el mal. El placer y el dolor no son nada, y todo lo que no es bien ni mal, debe ser absolutamente indiferente al hombre virtuoso".

"Esta es la doctrina. Nuestro siglo de crítica científica y observación experimental, nuestro siglo de realismo positivo, ha roto el ídolo a quien, por lo demás, los metafísicos no habrían logrado nunca dar seria consistencia. Esas nebulosidades encerradas en el cerebro de pensadores que especularon sobre el absoluto, se han disipado al paso de las investigaciones en épocas recientes, que han demostrado que nada hay absoluto; que el absoluto, crea-

ción platónica del idealismo cerebral, no existe, no puede existir.

"No deja de haber una escuela, sin contar algunas personas que, presa de las alucinaciones causadas por aparentes sublimidades de ese ideal, se privan del placer y se imponen penas sin más motivo conocido y declarado que el respeto de principios injustificables, de deberes ilusorios, de dignidad ficticia, de honor imaginario."

Nada de nuevo encierra la exposición transcrita; pero al trazar el derrotero seguido por el Dr. González, conviene recalcar en que supo hermopear teorías que no son flamantes. Continúa el analizador de *El Dolor, Universal*:

"La moral altruista me parece una exageración del principio esencialmente humano. "No hagas a otro lo que no quieras que hagan contigo. Haz a tu prójimo lo que quieras que hicieran contigo".

"La principal, la única preocupación del altruista debe ser el bien ajeno, así para trabajar por éste tenga que comprometer el suyo propio. El precepto es doble. El primero, una prohibición: "no hacer mal a otro", el segundo un mandato: "hacerle todo el bien que para sí mismo se desee."

"Confieso que mi corazón se siente atraído hacia ese concepto tan alto de la moral; pero mi razón lo rechaza enérgicamente, porque su origen es falso y ¿quién lo creería? infaustas son sus consecuencias actuales.

"He dicho que el punto de esta ética es el amor al prójimo con preferencia a todo otro, lo que supone como corolario, que el bien ajeno debe ser por todos considerado más precioso que el propio y serle preferido.

"Luego, admitir que el bien de mis semejantes es preferible al mío, es también reconocer que el sujeto es superior y tacharme de inferioridad. Ciertamente es que a esta inferioridad en frente a mí mismo, corresponde una equivalente superioridad en frente a los otros, y que así puede restablecerse la igualdad de todos y de cada uno.

"Gracias a un razonamiento de este género me invita la escuela altruista a sacrificarme, si hay necesidad, por la felicidad de otro, asegurándome que, debiendo éste a su vez inmolarsé por mi propia dicha, no sólo nada pierdo en este cambio de procedimiento, sino que puedo ganarlo todo. ¿Mas qué pensar entonces de ese amor al prójimo que en el fondo sólo estaría inspirado por el amor a sí mismo? Y siendo así, ¿no está mal que se adorne esa moral con el calificativo de altruista? ¿y no le cuadraría mejor el epíteto contrario? Y si no es así, es decir, si no debo tener en cuenta más que la felicidad de mis semejantes, consagrarme a ella todo entero y hacer en su bien el sacrificio del mío, sin que en tal conducta entre la certeza, o, por lo menos, la esperanza de que puedo contar con la reciprocidad por parte del

prójimo, hay que confesar que se me propone un trato leonino y noventa probabilidades entre ciento de que yo no consienta en poner mi firma en tan extraño contrato. Esto es lo que sucede.

“El grito de amor y paz ha podido repetir durante veinte siglos: *¡Diligite vos invicem!* (Amaos los unos a los otros); los hombres han permanecido sordos al consejo; continúan riñendo, calumniándose, perjudicándose y luchando unos contra otros.

“Hay que tener el valor de reconocer que el mal sería para aquellos que en nuestra sociedad batalladora y exótica se les ocurriera adaptar su actitud a las reglas de la escuela altruísta. Su vida sería una renuncia completa, una abnegación constante, un verdadero martirio. Los solos consagrados a sacrificarse en el seno de una sociedad indiferente, desdeñosa de sus tormentos voluntarios, no tardarían en reconocer la patente esterilidad de sus esfuerzos y renunciar a ellos cuerdamente.”

Poniendo el dedo en las llagas sociales, el conferenciante se determinó a fulminar contra todas las apariencias y decepciones: la caridad entre ellas de quienes pasan por impecables, por santos, para esquilmar al pueblo, jumento que en sus lomos lo aguenta todo. Sigue el hilo enunciativo de Sebastián Fure:

*Una de las formas más vulgares del altruismo en nuestra época es la caridad,

y a menudo ésta no es más que un cálculo cínico o una hipocresía abominable. Cálculo en los que, millonarios, dan cien céntimos para guardarse mil francos y calmar las justas iras que puede excitar en los pobres la insolente ostentación de su lujo; cálculo en los que, con algunas limosnas hechas ostensiblemente, adquieren a poco precio una reputación inmerecida de caritativos y se rodean de la aureola de la bondad; cálculo en los que, durante los rigores del invierno, salen de sus calientes moradas cubiertos de pieles y en cómodos carruajes llegan a un sitio de recreo donde se divierten, gozan, bailan hasta la mañana, dando a su afición al juego, a la coquetería, a la polka, una apariencia de piedad por los desgraciados que no tienen donde reclinar la cabeza y a los que se guardan bien de ofrecer un asilo; cálculo también en los que, cristianos o masones, practican la caridad, uno de los más firmes sostenes de su influencia; cálculo, en fin, de los que, con la tapadera de un montón de obras de beneficencia y de socorro, recogen seres sin albergue, sin trabajo, sin alimento, les dan pan y guarida a cambio de un trabajo a veces excesivo, y bajo la máscara de honrosa filantropía, realizan también ganancias sobre las espaldas encorvadas ya por los martirios de la existencia.

“Hipocresía aborrecible, esa caridad oficial y pública que, por medio de asilos para la noche, de casas de beneficencia, de

socorros extraordinarios, de obras de toda clase patrocinadas subvencionadas y vigiladas por el Estado, arranca de la vía pública a la turba desarraigada y hambrienta, la deja abandonada y la empuja suavemente a una resignación que deprime, mientras que la miseria la hubiera probablemente impulsado a la sublevación y el pillaje.

“Otra forma del altruismo es el amor a muchas colectividades más o menos extensas: familia, municipio, patria, en cuyo nombre se exige del individuo ahogado, perdido en esas masas, obligaciones, esfuerzos, sacrificios que por la patria, pongo por caso, llegan hasta el sacrificio del más precioso bien, de aquel cuya pérdida es irreparable: la vida”;

En medio de la selva filosófica, faltaba esa gran conquista moderna, el método. A la experimentación tampoco rindió praxis el hábil saltabanco de las acciones humanas. Habría convenido un poco de *psicofísica*, sobre todo al entrar en terreno tan escabroso como el que se está intrincando cada vez más a causa de los testimonios humanos relativos al dolor y al placer: Aquí se esfumó la turquesa de marras, que, sin perder la serie del discurso, habría continuado así:

“Poco diré de la moral utilitaria: es el producto directo de la filosofía de Epicuro. Esta filosofía tan calunniada, no deja por

eso de ser la única verdaderamente racional. Es racional, no sólo porque no cae en los errores de los éticos anteriores, tanto desde el punto de vista como del objeto, sino también porque toma por *substratum* la única realidad de que no nos es permitido dudar; dicho *substratum*, que cada ser es el *ego*, el yo, es el *sí mismo*. Y es francamente humana, porque se inspira en un conocimiento perfecto de la humanidad, porque parte de una prueba que jamás engaña, y que a pesar de las manifestaciones diversas, y a veces hasta opuestas, a que da origen, a pesar del tiempo y del espacio, puede advertirse por doquiera idéntica constantemente a sí misma, y que es, por tanto, inherente al ser humano, comprobación que cada cual puede hacer en sí mismo. En la naturaleza humana está el buscar la dicha y huír de la adversidad.

“Es realmente fecunda, porque el adoptarla, conduce necesariamente al respeto y al amor al prójimo, por razón de este razonamiento sencillo: Para todo individuo, el bien consiste en buscar cuanto le lleva a la dicha, en alejarse de todo lo que le hace desgraciado, como es sabido; pero es *viendo el individuo en sociedad*, viendo su ventura en la desdicha de los otros, y obligado para ser feliz a atender al derecho igual de sus semejantes.

“Esto, por tanto, sucederá siempre que los intereses individuales sean opuestos a los del otro, en tanto que el pla-

cer del uno se realice a costa del disgusto del otro. Nacida de la fecunda unión de la naturaleza y la razón, la mortal utilitaria invita actualmente a todos los hombres a buscar una organización social en cuyo seno los intereses de cada uno se concilien con los de todos, por supresión de las causas artificiales de discordia social; y no sólo no pueda hallar su felicidad en la desgracia ajena, sino que además el placer de cada cual esté indisolublemente ligado al de todos, y el sufrimiento impuesto sólo a uno sea sentido por todos, gracias al libre funcionar de la solidaridad del dolor y del contento. En una palabra, conseguir primero que el placer de cualquiera no tenga nunca por resultado el dolor de otro, o muchos otros; tal es el segundo punto.

"La realización de estas dos condiciones, la una negativa, positiva la otra, teniendo por objeto la primera evitar todas las lágrimas, logrando la segunda multiplicar como el eco, la risa de uno solo, he aquí el ideal de la ética utilitarista. Ved aquí puesta en práctica esta hermosa definición de Leibnitz: "La virtud es el arte de hacerse feliz con la felicidad de los otros".

"Esto es, como se ve, la fusión de las dos morales: egoísta y altruísta; pero sin que se exija de parte del individuo la renuncia más pequeña, sin que el utilitario tenga que hacer, sobre el sacrificio del otro, el holocausto de su propia felicidad. Tal reconciliación definitiva de los intereses de todos y cada uno, es el punto de unión.

natural de la felicidad individual y la colectiva.”

Quizá se notará alguna corriente contradictoria entre *La Oración del Dolor* y los párrafos finales que siguen, por lo menos a la primera impresión; pero, si bien se medita, la oposición desaparece un tanto, quedando en pie el dolor y el espíritu de sacrificio que se encaran contra el placer y el interés.

“Es, si se quiere, la solución del problema tan profundamente sondado por los altruistas: la felicidad del individuo hallada buscando la felicidad ajena; pero, diferencia fundamental, con este punto de partida egoísta: “el bien consiste en hacerse feliz uno mismo” en lugar de este otro: “el bien consiste en hacer dichosos a sus semejantes”.

“No creo que se podría concebir una filosofía más dulce, más verdadera; más profundamente humana, más generosa, más alta; no podría imaginarse una moral más pura. Y, sin embargo, no ha habido en el pasado ni hay en el presente otra que haya tenido tantos asaltos que sostener, calumnias que refutar, excomuniones que sufrir ataques, que rechazar.

“Y ya es muy antigua esta moral del interés profesada por Epicuro, desarrollada, sistematizada y vulgarizada por los discípulos y continuadores de aquel hombre ilustre entre todos los de la antigüedad.

Esa filosofía que tiene la franqueza y la audacia de proclamar, a la luz de retóricos y pedagogos de la moral religiosa y de la filosofía histórica, que el único bien es el placer, la voluptuosidad, el goce, la dicha, ha sido durante muchos siglos objeto de los sarcasmos e injurias de teólogos y metafísicos coligados".

Tal es, si se rastrea en lo profundo,— apartando los brillos y alumbrados de lenguaje, las flores de la retórica,— en síntesis, la conferencia acerca ya del jefe de la escuela jónica que sentó como principio de las cosas el agua y combinó la filosofía con las ciencias físicas para entrar en el seno de la naturaleza; ya del mejor discípulo de Arquélao y Anaxágoras que a su vez vive en sus inmortales alumnos Platón y Jenofonte; ya del padre del evolucionismo y creador de la filosofía sintética. Tratándose de Herbert Spencer, los jóvenes universitarios deseaban oír algo más de los labios del orador; pero es muy sensible que no se detuviera un momento a considerar al que toda su vida trabajó por la humanidad. Nada dijo de las muchas lagunas de la filosofía de Spencer en cuanto a sociología, a la poca importancia que atribuyó a la historia, a la peregrina hipótesis sobre el origen de las religiones, al desafecto por los clásicos, a su repugnancia por el latín, a su exa-

gerada teoría sobre que el Estado no intervenga para nada en la educación del niño, a su sistemático individualismo, etc., etc. Nada contó de la vida del filósofo inglés, digna de ponerse de modelo a la juventud; vida sincera, austera y sencilla, que supo armonizar prácticamente con sus ideales, que se interesó por la paz y condenó muchas injusticias. Verdaderamente extrañó que el tan leído y discutido Spencer, que ha dado margen a torcidas interpretaciones, no haya sido más profundizado por el simpático verbo—motor. Si una sólo de sus obras, la *Educación*, aunque traducida a trece idiomas, inclusive el chino y el japonés, ha sido a las veces falseada; si la universalidad de sus principios no siempre se levantó sobre sólidas bases; si su metafísica agnóstica—en medio de la gigante labor del filósofo—nada de real nos ha dejado; si aun cuando es digno de loa su odio a esas llagas sociales—el Militarismo y el Imperialismo—, había necesidad de remedios más positivos, lógico era que una conferencia que proclamaba el nombre de Spencer se concretase siquiera un poquito más al que predicó honradamente que "mientras el sentimiento se posponga a la razón y no auxilie a ésta para inspirar nuestra actividad y darnos conciencia de la vida sana y noble, los hombres no se amarán, porque los buenos sentimientos son los

que vuelven a los hombres: fuertes, felices y virtuosos.”

El Dr. González de Castro, inteligencia atormentada por la rauda fantasía y por los grandes cuidados que abruman al pensador, tiene alma de poeta: es un poeta en la tribuna, y sus conferencias son catarata de variada y artística parla.

Ha sido dura, mordaz, brutalmente combatido por las escuelas opuestas al credo moderno y evolucionador que predica; pero estas mismas rudas arremetidas son palmaria prueba de que en el peregrino del ideal los méritos no son mera utopía. Es hombre de imaginación, nervioso, observador, agotado, casi un muerto ambulante y un niño dulce, sublimemente catequizador de multitudes. Va caminando muy lejos con su fardo de dolores a cuestas, inmenso fardo, no obstante los relativos pocos años vividos; pero al fin llegará a la cumbre, a la gloria.

Cuando menos el insulto que la intransigencia le ha lanzado a la cara—sin contar los de loco y charlatán—es el de Sancho, es decir, simplemente un despropósito. En todo caso, Quijote, porque la locura—esta alada compañera de los que no son el Excelentísimo Sr. Vulgo—no es hermana de Sancho. Este buen hombre soñaba roncando, lleno el vientre; aquel hidalgo aventurero soñaba despierto, henchida la mente de idealismos. Muchos que aun

cuando se dicen intelectuales, vegetan sin producir nada—sean maestros de escuela, periodistas, libreros o cosa así—le han condenado sin haberle oído siquiera. Es la más frecuente y la más abrumadora muestra de estupidez humana la de sentenciar a muerte al hombre de ingenio sin conocerle física ni moralmente, sin haberle escuchado ni analizado. Hay tantos, tantos pobres de espíritu que siguen maquinalmente la opinión ajena, como el rebaño va detrás del guía: no son capaces del parecer personal, del juicio propio, de la bñ queda de la senda conveniente.

—¿Pero qué se propone este hombre?, gruñía asustado un curial, facha de inquisidor, que garrapetea de periodista.

—Vaya Ud. a oírle y dése cuenta cabal de lo que se propone, le repuse con lástima.

Al otro día, *sin haberle oído*, vomitaba por la prensa un sartal de improperios, sólo porque un quídam su compadre gerundiano que no entendió al conferencista fue alarmado a ponderar que era un sandio, un bruto, un *sacha* hereje.

Los prejuicios han engendrado esclavitudes e idioteces formidables; los prejuicios inventaron todas las injusticias, como que son hijos de la fe ciega y del error.

Yo, joven mediocre, abrazo con sinceridad, sin escrúpulos humanos ni aire de pontífice; yo abrazo impulsado por la simpatía, por la justicia y por la

corriente del correligionario a todos los que algo valen, a los de buena voluntad, a los que se quemaron las cejas junto al libro. ¡Qué diablos! En aras de la idea vertida, se debe sacrificar el matador prurito de no reconocer valfa en el compañero, en el vecino ni en el hermano. Basta de monopolios; basta de inconfesada envidia y de bajeza, por pasarse de listos! ¡Huy silencios criminales!

El vía crucis del orador, su vida efímera, su momentáneo triunfo, sacuden hasta lo más íntimo las fibras de nuestro sér, como sabe sacudirlas el Dr. G. de Castro, cuya peregrinación no ha terminado. Va hasta los Estados Unidos; después de pasar por las Repúblicas Centroamericanas y por México, va a Cuba y a Santo Domingo. Que su obra sea duradera, a fin de que la posteridad no diga de él lo que Fitzmaurice-Kelly de Castelar, del mago de la palabra: "Castelar es siempre lo que fue en un momento glorioso: "el primer tenor de la República", maestro en elocuencia declamatoria, sin influencia alguna en el terreno de la literatura." Las ideas del juvenil anatematizado adquirirán cada vez más cosmopolitismo, serán más vividas y más humanas, porque lee, viaja, observa, sufre las violentas persecuciones por la justicia y el palo de ciego de los intolerantes y los tontos, y padece sin descanso, en lo espiritual y en lo físico, torturas infinitas.

